



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	016
EXP.	067
DOC	0001
FOJAS	11
FECHA (S)	1993

Que copie a Gl. Jue. para  
Memoria 1994

DFCC16K67D1F1

Conferencia para el curso *Tres acercamientos al Universo Mesoamericano*, de El Colegio Nacional.

Octubre 26, 1993.

**Beatriz de la Fuente**  
**Miembro de El Colegio Nacional**

**Sobre la estética y la crítica del arte prehispánico en la obra de Paul Westheim.**

No está por demás principiar esta exposición expresando algunas consideraciones acerca de los enunciados teóricos en los cuales me habré de ocupar: la estética, la historia y la crítica del arte.

Existe una división convencional entre la estética, la historia, y la crítica de arte, como si tales manifestaciones del pensamiento en lo relativo al arte fueran actividades diversas, cuyas raíces se afianzaran en distintas ramas del saber. En realidad, las estéticas o históricas son también valorativas, y por lo tanto, sujetas a juicio crítico como, asimismo, los pensamientos que se vierten acerca de problemas propiamente contemporáneos, son los testimonios y las fuentes que conforman la historia del presente y que sirven de base a las investigaciones que posteriormente teje el historiador.

El reconocimiento como objetos de arte de obras realizadas por pueblos antiguamente llamados *bárbaros*, o *primitivos*, fue resultado del movimiento romántico y tuvo toda suerte de manifestaciones durante el siglo XIX; la aceptación del arte, como tal, del México Antiguo, no fue ajena a éste hecho histórico.

Después de haber sido rechazado por estudiosos de las culturas de nuestro pasado durante la época virreinal -debido primordialmente a la incapacidad de comprenderlo-, fue lentamente acogido por viajeros que a lo largo del siglo

pasado, al visitar las "exóticas" tierras americanas, se percataron de la presencia de valores artísticos inherentes a objetos y a la arquitectura precolombinas.

Sin embargo, es hasta avanzado nuestro siglo cuando se aprecia un cambio de actitud hacia esos grupos ancestrales y hacia las obras que realizaron. El arte de los pueblos menos evolucionados tecnológicamente, fue visto como manifestación creadora, y la idea de que se trataba de intentos torpes o poco logrados fue trivial; se aceptó lo deforme, lo desproporcionado, y lo extraño que -dentro de patrones y de formas diferentes- expresaba realidades concebidas de manera distinta a la occidental.

El interés de los estudiosos mexicanos fue notable a partir de la obra de Manuel G. Revilla publicada en 1893; no habré de abordar ahora estos sabios trabajos, que culminaron, por su parte en una estética nacional del arte antiguo de México. Es mi propósito concentrarme en la obra, pionera, como otras de sus tiempos, en la comprensión. y por lo tanto en la explicación de los portentosos hechos artísticos de nuestro remoto pasado. Ese pasado en el cual ahora nos fincamos y que nos da fama y orgullo universal.

Me he de referir, a los estudios de un extranjero, un crítico alemán que se vió atraído sobremanera con las obras inigualables de nuestros abuelos precolombinos. Por el natural asombro ante lo que le era a su mirada desconocido, y a la vez, por la radical atracción de lo que hoy día nombramos "arte prehispánico", Paul Westheim dedicó los últimos años de su vida a desentrañar el "que", el "como", y el "para que" de la "estética" de los creadores del arte prehispánico.

He de aclarar ahora, que me he resistido y aun me resisto, a hablar de una estética precortesiana, ya que, al no tener documentación acerca del supuesto "pensamiento estético" habremos de pensar que se trata de la "estética" que el pensador occidental impone a un arte que de suyo le es

ajeno. De tal manera que el concepto de "estética" es un concepto occidental equivalente a "la ciencia del arte y de lo bello" (Diccionario de la Filosofía F.C.E; México:452-456) y en el mundo antiguo de lo que hoy nombramos Mesoamérica no había -de acuerdo con lo que actualmente sabemos- un concepto similar. La idea de lo bello y de lo perfecto, la tomamos del universo greco-mediterráneo y de tal suerte ha permeado, en lo general, nuestra concepción estética.

Pero el Arte Antiguo de México, como el de otros rumbos del mundo, estaba regido, en lo particular, por cánones distintos que, también, como en otros lados, convencionalizan los rasgos antinaturales de los seres sobrenaturales. La fantasía, la imaginación de entes imaginarios, el mimetismo o renovación del paisaje, las predominantes creencias religiosas, y en fin, una multiplicidad de signos que hablan de las inquietudes universales manifiestas en conceptos, y en expresiones temporales, regionales e individuales dió cuerpo a conceptos y realidades plásticas plurales. En ellos se afincan los modos diversos y originales, que han hecho de Mesoamérica un área definida e inigualable, dentro del contexto global de la civilizaciones.

De lo antes dicho se convenció Paul Westheim al confrontar, sensiblemente, nuestro mundo ancestral. Era tal la riqueza de formas y de contenidos en las obras que permanecían, que tenían que manifestar, en la plástica, la mentalidad de quiénes las crearon. La vigorosa versatilidad de las creaciones precolombinas, orientó al esteta alemán, y así procuró comprender las motivaciones y las formas que, hoy día, mueven nuestra percepción en torno al universo de formas prehispánicas.

Paul Westheim, de origen alemán, realizó su obra en torno al arte prehispánico, y la publicó, por primera vez en México, entre 1950 y 1962.

Nació en Alemania en 1886. Estudió Historia del Arte en la *Technische Hochschule de Darmstadt* y en la Universidad de

Berlín, con Heinrich Wölflin. Fue catedrático de la Academia Berlina de Bellas Artes y dirigió la publicación de una serie de libros de arte titulada "Orbis Pictus" y las revistas *Das Kunstblatt* y *Die Schaffenden*. Vivió en París de 1933 a 1940 y desde 1941 residió, hasta el día de su fallecimiento, en México, país al cual consagró sus investigaciones sobre el arte de los antiguos pobladores americanos.

Entre sus obras figuran, además del Arte Antigo de México, publicado en 1950, La escultura del México Antigo, de 1956; Ideas Fundamentales del arte prehispánico en México, de 1957, y La Cerámica del México Antigo de 1962. Además, Westheim escribió numerosos artículos en el renombrado suplemento cultural del diario *Novedades: Mexico en la Cultura* sobre diferentes y, por entonces, exclusivos aspectos, en torno al enigmático mundo de la creación artística que precedió al llamado encuentro de dos mundos. Los antecedentes teóricos de Westheim, su capacidad de percibir el fenómeno artístico, y su ferviente voluntad de conocimiento, le abrieron el camino para reconocer los valores de otro universo maravilloso, nuevo para él, así como distante y distinto del occidental del cual procedía.

Cuando Westheim llegó a México, según le he oído contar a Fernando Benitez, en condiciones de gran pobreza, pero con el espíritu pleno de sabiduría crítica y estética; hacia principios de los años cuarenta (1941), buscó, de acuerdo con lo que él mismo anotó con posterioridad: "un libro que me introdujera a este arte /el arte prehispánico/ desde sus supuestos espirituales y creadores". Encontró el ensayo de Eulalia Guzmán publicado en 1933, con el título *Caracteres esenciales del arte antiguo de México*, y el texto de Salvador Toscano, de 1944, Arte Precolombino de México y de la América Central, libro que comenté y anoté al día en la publicación de 1970, y que por cierto fue el trabajo que me valió el ingreso como investigadora de Instituto de Investigaciones Estéticas

de la UNAM. El estudioso alemán consideró que tales escritos no cumplían con lo que de suyo buscaba, a saber: "captar fenómenos artísticos desde sus fundamentos espirituales y psíquicos", para lo cual "tendría yo que partir del mito, de la religión, de la concepción de la naturaleza y de la estructura social de los pueblos precolombinos". Por ello, se dedicó a la tarea de investigar a lo largo de siete años, para producir el libro antes citado: Arte Antigo de México.

En esta publicación, Westheim, fundamenta y da a conocer sus premisas fundamentales, que con ciertas modalidades culturales, que se advierten con claridad en artes diferentes: el maya, el teotihuacano, el mexicana y otros más, establecen las bases psicológicas primordiales para la acción artística en sus distintas vertientes: la arquitectónica, la escultórica, la pictórica, la cerámica, y las de otros artesanos ocupados en lo que hoy en día insistimos en llamar *artes menores*.

Con sólida formación de historiador, crítico y esteta, Westheim se aproxima, para su comprensión, a los hechos artísticos de nuestro pasado remoto, firmemente apoyado en la teoría de la forma y en el psicologismo de su maestro Wilhelm Wörringer.

En el prefacio del Arte Antigo de México define su interés teórico: era necesario partir del mito, de la religión, de la concepción de la naturaleza, y de la estructura social, para comprender el arte prehispánico. En todos sus libros fue consecuente con estos principios fundamentales.

Ahora, a más de cuarenta años de la aseveración emitida por Westheim, seguimos debatiendo dos posturas que parecen opuestas y contrarias:

1.- la primera sostiene como principio, partir de los supuestos culturales de una civilización que ha dejado sobre la tierra, además de vestigios arqueológicos, obras que remiten a la enorme capacidad de sus creadores. Dicho de otro

modo, se habrán de interpretar los restos culturales, entre los cuales las obras de arte son primerísimas fuentes de información, sobre la base de un conocimiento -siempre inferido- acerca de los principios culturales que regían la cultura que se aspira a comprender. Hay un marco o referente teórico preestablecido que se habrá de constatar con los testigos arqueológicos.

2.- la segunda se apoya en el potencial de comunicación histórica y artística que guardan los restos arqueológicos y, en su caso, las obras de arquitectura y los objetos de arte, que aun permanecen para ser interpretados por generaciones posteriores. Los testigos existentes son los que dan cuenta de la civilización desaparecida, de ahí que sean fuente primordial, para su correcta interpretación. Esta puede diferir con base en didtintas metodologías y orientaciones.

Como suele suceder con las posturas extremas, expresan algo de verdad y algo falso. Por mi parte la posición, que he mantenido a lo largo de mi vida profesional, ha sido el análisis, el estudio cautelosos y comparativo, del o de los objetos en sí. Ellos habrán de guiar nuestra percepción, juicio y reconocimiento, para procurar su mejor comprensión. Añado, de muchas culturas prehispánicas no tenemos más vía de entendimiento que los objetos de arte y los testigos arqueológicos; de otras, las más tardías, o en las que se desarrollo la escritura, es posible usar de textos para así alcanzar un mayor y más justo acercamiento. En todo caso es siempre legítimo hacer uso, con la debida reserva de las fuentes etnohistóricas y de la presencia etnológica.

He nombrado, de modo genérico a objetos arqueológicos y a obras de arte. La distinción, entre ellos, estriba, por ahora, en que las últimos revelan en la armonía e integración de sus formas, asuntos primarios de la cultura -aquí entendida por sus conductas, socio-políticas, religiosas y, económicas. Muchas de estas -la arquitectura monumental, la estatuaria, las pinturas murales, la talla de imágenes en

materiales preciosos como los jades, entre otros- acusan afanes de permanencia; he ahí su diferencia principal. El mensaje que conllevan habla primordialmente de mitos, de creencias religiosas, de rituales y ceremonias, de acciones dinásticas y de conquista, de sacrificio y de guerra, y se ocupa poco, en lo general, de asuntos técnicos, y de la diaria vida social. Es, en su gran mayoría, el mensaje de un arte elitista -por ello aspira a perdurar-, y sólo en menor grado remite a la cotidianidad.

Pero, quiérase o no es el mensaje que, básicamente, recibimos, por la sólo y única razón, de que está inscrito en los objetos que tienen la permanencia como cualidad. Objetos fabricados para las clases en el poder, ya que los otros, los del pueblo, los de los súbditos eran, por razones económicas y sociales, necesariamente perecederos.

Ahora bien, Paul Westheim procura afincarse en las dos posturas antes dichas. Su preferencia, no la sé de fijo, parece orientarse, por un lado, a lo que la información arqueológica de su tiempo le comunicaba. Era ésta primordialmente abocada a la cultura mexicana -antes llamada azteca- y a datos que con el tiempo han sufrido modificaciones, de otras culturas mesoamericanas. Acaso, en ocasiones, confió, en demasía de tal información; es el peligro que corremos quiénes nos dedicamos a historiar el pasado prehispánico. También se apoyaba, en abundantes lecturas de las fuentes etnohistóricas del siglo XVI, así como en estudiosos modernos de distintos problemas sobre antropología y religión. Es bien conocida su sabiduría acerca de la Biblia, en particular del Antiguo Testamento y su experiencia en las vanguardias artísticas europeas. En toda su obra se aprecia el gusto por comparar, para una mayor aclaración de los hechos artísticos en sí, asuntos narrados en la Biblia, y principios rectores de algunos movimientos de arte contemporáneo.

De otro lado tenía, profunda capacidad de mirar

volúmenes, espacios, texturas, superficies, policromías, diseños lineales; en suma todos los elementos formales que constituyen las obras de arte. De ahí que su conocimiento visual se enraizara en lo que de suyo tenían tales obras de arte, en su cualidad de permanencia. Estas le transmitían el vigoroso y sensible lenguaje de sus formas, y, él a su vez, lo comunicaba con textos impregnados de su visión estética. Así cumplía con lo que se supone es la función de estetas, los historiadores y críticos de arte: ampliar la visión que del mundo tiene una comunidad, y en el mejor de los casos, la población regional y aun la internacional.

Los seres humanos estamos dotados, en el aspecto sensible, para recibir, un mensaje, que en ocasiones se ha llamado de *empatía*; con frecuencia esta disposición natural se altera o condiciona por circunstancias culturales. La visión occidental ha estado condicionada desde sus raíces mediterráneas a una manera de ver que jerarquiza -del modo más común y general- desde la belleza que está en lo alto de una escala hasta la fealdad que está en el nivel inferior. Sólo el objeto bello podía aspirar a la categoría de obra de arte; de ahí que todo lo que no se ajustara a los cánones de la *belleza clásica*, no tenía posibilidad de ser considerado como tal. **Coatlicue** es una obra compleja, necesaria para aprehender la cosmogonía mexicana, única para experimentar el vigor y la potencia de ese pueblo excepcional, pero cierto, no puede adjetivarse de *bella*, de acuerdo con cánones que hasta hace poco regían nuestro gusto y nuestra capacidad de comprensión.

Hoy en día nos acercamos al objeto de arte, supuestamente liberados de esa deformación cultural, nos atrae lo que en ellos reside, lo que signbifica el contenido de su mensaje entrañablemente adaptado al particular lenguaje de sus formas.

Pues bien, Paul Westheim ha colaborado notablemente, a través de sus muchos escritos, a cambiar nuestra visión en

torno al arte antiguo de México. La belleza no tiene cabida en ese arte, pero si "el vigor de la expresión". No habremos de hurgar, inútilmente, en medio de valores inexistentes; buscaremos encontrar las razones que animan a tanto objetos - de pequeñitos a colosales, de líneas apacible y de rotundos volúmenes, de barro bruñido y de áspera pero bienconformada piedra- las razones por las cuales, una obra nos conmueve y nos agita su presencia, y las razones que justifican su magistral factura.

Es cierto, a Westheim le precedieron otros estudiosos, ellos emitieron también avances hacia la autonomía y originalidad de nuestro arte prehispánico, pero a Westheim se debe, lo que señalé, antes la firme decisión de modificar la visión que se tenía de las obras creadas por los ancestros. Cumplió cabalmente con su misión de esteta, crítico e historiador.

Paul Westheim deja asentadas ya, en el libro *Arte Antiguo de México*, sus ideas primordiales, fincadas, lo dije antes, en la teoría de la forma y en el psicologismo de su maestro Wilhelm Wörringer.

Así, desde un principio señala su interés:

Su punto de partida fue, lo que aprehendió del sistema teogónico de la cultura azteca, y la comprensión de otras culturas a la luz del conocimiento de tal sistema religioso.

A ese primer libro, al que antes he hecho referencia, lo glosaré, en parte, por medio de las diapositivas adecuadas, y la referencia es a la segunda edición de 1963, debido a que ésta fue ampliada y modificada respecto a la primera de 1950. El libro está estructurado en tres parte: "La concepción del mundo", "La expresión" y "La voluntad creadora"; en la primera trata de la comprensión de los fenómenos artísticos partiendo de sus supuestos religiosos. Así, el arte prehispánico, no representa la naturaleza visible:

"Para este mundo artístico, la auténtica y genuina realidad, a la que hay que representar, es la que actúa

dentro de las cosas, como elemento vital: aquellas ocultas fuerzas mágico míticas. Darles expresión, traducir en forma plástica los espíritus que alientan en las cosas, esencia y sentido de las cosas, no lo que son como fenómeno óptico, sino lo que significan: he ahí el propósito de ese crear artístico; de ahí debe partir su apreciación estética."

El concepto medular de Westheim, del cual nunca se aparta es que el arte prehispánico es un arte al servicio de la religión -de ahí que lo llame aplicado", "ancilar" y "extra-artístico". Y con base en ello configura en cuatro apartados: *El sistema teogónico*, *Arte colectivo*, *La espiritualidad del arte precortesiano* y *La concepción de la naturaleza* su capítulo inicial.

La segunda parte trata de *La expresión* y para ejemplificarla usa de tres formas básicas de expresión: *La estética de la pirámide*, *La máscara* y *La greca escalonada*. Y en la tercera y última aplica sus ya establecidos conceptos estéticos en el análisis de las obras creadas por los pueblos que vivieron en Mesoamérica desde los tiempos del preclásico hasta el momento de la conquista.

Ahora, que he releído, una vez más, los textos de Westheim, con el propósito de presentar un panorama coherente de ellos, encuentro, también, otra vez, que sus ideas son ciertamente fundamentales. Y me doy cuenta de que su mayor aportación fue, lo dije antes, que propicio un cambio de visión que nos permite apreciar, de modo más acertado, nuestro arte ancestral. De tal suerte quedó en definitiva dentro de la historia del arte prehispánico. Es también su precisa concepción acerca de las causas que motivaron tales creaciones en sus muy diversas modalidades, la capacidad selectiva en las formas radicales de su expresión, y los ejemplos que hacen concreta la nueva visión lo que hacen, en conjunto un enfoque diferente y original.

Uno puede o no estar de acuerdo con Westheim, carece de importancia en tanto no se propongan cambios sustantivos que renueven, sustancialmente, una visión no superada. Westheim estableció un punto de partida históricamente imborrable, nos legó asimismo numerosos cuestionamientos (muchos. muchísimos aun vigentes), pero sobretodo nos gratificó con su insaciable aspiración al conocimiento; en suma, tenemos el modo consistente de la lección sobre el *que*, el *como* y el *para que*. Muchas gracias don Paul Westheim.